

Copenhague para defender la Dinamarca contra la ambición francesa. Si entonces los Daneses abrazaban el partido de Napoleón, el gabinete británico tenía un justo motivo de guerra. Si no siguió esta política tan natural, es porque sabía que Dinamarca quería mantener su neutralidad. ¡Cosa notable! Los Daneses habían tomado á pechos, principalmente, el defenderse contra las usurpaciones de la Francia. Mr. Thiers lo reconoce deplorando esta desconfianza. "Dinamarca, por una desgraciada costumbre de tomar más precauciones contra Francia que contra Inglaterra, había colocado todo su ejército á lo largo del Holstein, exponiéndose á una colisión con las tropas francesas, antes que dejar franquear la línea de sus fronteras. Su diplomacia había obrado como su ejército, y había manifestado siempre, respecto á la Francia, una susceptibilidad suspicaz," (1).

Esto prueba que Dinamarca se hubiera defendido, y en caso necesario, los Ingleses hubiesen estado en Copenhague antes que los Franceses. ¿Para qué, pues, las amenazas, el bombardeo y el rapto de la flota? ¿Qué se nos viene á hablar de lo salvación de la Inglaterra? Aun cuando Napoleón se hubiera apoderado de la flota danesa, ¿caso diez y seis buques, trece fragatas y seis bricks hubieran puesto en peligro la existencia de la Gran Bretaña? Napoleón era dueño de la marina holandesa, de la marina española, de la marina italiana, y sin embargo, era impotente en el mar; algunos buques más no hubieran cambiado el destino del mundo. ¿Fue también para salvar á Inglaterra, por lo que el gabinete británico se apoderó de los trescientos buques mercantes que, confiados en la neutralidad y en la buena fe, se hallaban cargando en los puertos ingleses? En vano buscamos excusas, encontramos por todas partes circunstancias agravantes.

¿Qué sería si entrásemos en los detalles de la ejecución? Bastaría á nuestro objeto el dar á conocer la intimación que el almirante inglés significó al príncipe real de Dinamarca. No encontrándolo en Copenhague, el enviado fué á buscarlo á Kiel, en el Holstein; nueva prueba de la buena fe de Dinamarca. Jackson prometió guardar la flota en depósito hasta que el peligro hubiese pasado; ase-

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XXVIII (tomo II, p. 465).

guró que las tropas británicas se conducirían como auxiliares y amigos, y que pagarían todo lo que consumieran. Y "¿con qué, respondió el príncipe indignado, pagaréis nuestro honor perdido, si nos adherimos á vuestras infames proposiciones?" El príncipe opuso á la páfida agresión de los ingleses la conducta leal de los Daneses. Jackson dió una respuesta que debe hacerse notar, porque es característica: "La guerra, dijo, es la guerra; es preciso resignarse á sus necesidades, y ceder al más fuerte cuando uno es el más débil," (1).

De modo que la diplomacia inglesa reconoce que la fuerza es la reina del mundo. ¿Por qué, pues, excita sin cesar á la Europa á ligarse contra Napoleón? Se le podía redargüir la máxima de Jackson: la fuerza es la fuerza: ¿qué importa que hable inglés ó francés! Citemos algunos rasgos de la protesta danesa, para reprobear esa criminal política: "La ejecución del plan de ataque contra Dinamarca, unida á la Gran Bretaña por vínculos antiguos y sagrados, ha sido preparada con tanta celeridad como sigilo." La isla de Seeland estaba cercada, el territorio danés violado, antes que la corte de Londres hubiese manifestado con una sola palabra sus intenciones hostiles. Muy pronto, sin embargo, se anuncian; pero la Europa tendrá trabajo en creer lo que sabrá. Para colorear el atentado más negro, más violento, más irritante que jamás ha tenido lugar, se refirió á pretendidos informes ó más bien á rumores vagos... El gobierno inglés declaró que, para su propia seguridad, no podía dejar á la Dinamarca más que la elección entre la guerra y una alianza estrecha con la Gran Bretaña. Y ¿qué alianza le ofrecieron? Una alianza que como primera prenda de la sujeción de Dinamarca hubiera entregado sus buques de guerra al gobierno británico... Colocada entre el peligro y la vergüenza, Dinamarca no tiene que elegir... Cree que hay más gloria en la resistencia de aquel que sucumbe á la fuerza, que en las victorias fáciles de aquel que abusa de ella," (2).

Un historiador alemán, digno órgano de la honradez que caracteriza la raza germánica, Scholsser, ha dado á la expedición de Copenhague el nombre que merece, llamándola una expedición de bandi-

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XXVIII (tomo II, p. 466).

(2) SCHOLL, *Historia de los tratados de paz*, t. IX, p. 65-67.

dos (1). "Sería imposible, dice Mr. Thiers, expresar la sensación que produjo en Europa el acto inaudito que acababa de permitirse, no la nación inglesa, sino el ministro. La indignación fué general, aun entre los enemigos más decididos de la Francia. Se decía que la Inglaterra era tan tiránica por mar como Napoleón por tierra, que era tan páfida como violenta," (2). ¿Qué hizo el gobierno inglés en presencia de esta explosión de la opinión pública? En el acto oficial que hemos citado, deplora la desgraciada necesidad en que se había hallado de hacer violencia á Dinamarca. En su correspondencia íntima, los ministros se aplaudieron de ese buen golpe. La palabra es baja y trivial, pero traduce perfectamente el pensamiento de lord Castlereagh: ha hecho, dice, una cosa muy útil á los intereses ingleses (3). ¿Qué importa que se pisotee el derecho? ¿Qué importa que se ultraje á la humanidad? El interés de Inglaterra está satisfecho; ¿qué más se necesita? La historia es un juez y la justicia no acepta el interés como una excusa, mucho menos aún como una justificación del crimen. No había ya crímenes, si se autorizase á cometerlos cuando hay interés en ello. En las relaciones privadas, esa es una de esas verdades en las cuales descansa la sociedad humana. ¿Podía ser de otro modo en las relaciones de las naciones? El crimen es el mismo, salvo que toma un carácter de gravedad que no tienen los delitos de los individuos. La justicia los reprime, y con esto protege el orden social. Para los atentados cometidos por los pueblos, no hay tribunal. Razón de más para que la historia repruebe con energía á los culpables.

II

¿Debe preguntarse si un gabinete que bombardeaba á Copenhague en plena paz, un gabinete que se apoderaba de la flota de un Estado neutral, tenía el derecho de llamar la Europa á las armas contra las violencias de Napoleón? Sin embargo, Castlereagh y Canning eran ministros de un rey constitucional, y Canning había comparado en ple-

(1) SCHLOSSER, *Geschichte des XVIIIten Jahrhunderts*, t. VII, página 302 y siguientes.

(2) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XXVIII (tomo II, p. 469 y siguientes).

(3) Carta de lord Castlereagh á lord Cathcart, del 22 de Septiembre de 1807: "We have accomplished a british object of first importance in getting the danish fleet." (*Castlereagh papers*, tomo VI, p. 184).

no Parlamento la Revolución francesa á una cueva de bandidos. ¡Qué sería si preguntamos cuáles eran los títulos de las potencias del Norte para amotinar la Europa contra la tiranía del emperador! Hé ahí al autócrata de Rusia; al cirlo, creeriase que es el liberalismo encarnado; la libertad, la humanidad, están siempre en sus labios. ¡Su ambición en 1805 era de hacer el papel de libertador! Va, pues, á emancipar la Europa; pero ¿de qué? ¿Del despotismo? Él mismo es un déspota. ¿De la monarquía universal? Lo dice; pero él mismo aspira á ella. Pasan dos años, y el libertador del mundo se reparte el imperio del mundo con Napoleón. ¿Es que Tilsit ha cambiado súbitamente el curso de sus pensamientos? No creemos en los milagros, y se necesitaba uno para que Alejandro, enemigo de la monarquía universal en 1805, se hiciese de un día al otro cómplice de aquel que amenazaba con realizarla. No, el czar es el digno nieto de Catalina; es el tipo de los políticos que continuamente tienen los más hermosos sentimientos en los labios, sin perjuicio de obrar siempre según las aspiraciones de una ambición egoísta.

Alejandro es un héroe de desinterés, mientras se atiene uno á sus palabras. Inmola todo á su ambición, si se escudriñan su actos. El czar era el amigo del rey de Prusia; su amistad fué jurada en la tumba de Federico el Grande. Es bueno recordar esta escena; nos dará una idea del gusto de Alejandro por todo lo que es teatral; diríase que nació cómico. Era en 1805, cuando la Rusia y la Francia se disputaban la alianza de la Prusia. El débil Federico Guillermo acababa de tratar con Napoleón, cuando Alejandro se decidió ir á verle á Potsdam. Le fué fácil arrastrar al rey, haciéndole entrever el gran papel de pacificador de Europa: "Para acabar de turbarle el espíritu, dice Mr. Thiers, Alejandro, de acuerdo con la reina, propuso visitar la pequeña tumba que contenía los restos del gran Federico. El czar fué allí con Federico Guillermo, lloró, y estrechando á su amigo entre sus brazos, le hizo y le exigió, sobre el féretro del gran rey, el juramento de una amistad eterna. Jamás debían separar ni su causa ni su destino," (1).

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XXIII (tomo II, p. 69).

Llegó el momento en que esta tierna amistad fué puesta á prueba. Dominado por la reina, arrastrado por el ejército, el desgraciado Federico Guillermo empeñó, á pesar suyo, la lucha con su terrible adversario. Sabido es el resultado de ella. Alejandro puso todas las fuerzas de su imperio á la disposición de su amigo; le escribió: "Ligado doblemente con Vuestra Majestad, por nuestra alianza y por la más tierna amistad, no hay sacrificio, no hay esfuerzo que no esté dispuesto á hacer para cumplir mis compromisos. El feliz acuerdo que ha reinado siempre entre nosotros, me da la certidumbre que Vuestra Majestad me hará la justicia de no dudar nunca de la inmutabilidad de mis principios y de mis sentimientos." Federico Guillermo tomó estas palabras por lo serio y se decidió á continuar la lucha mientras le quedase un escudo y un hombre. Escribió á su embajador á Viena: "Mis intereses están para lo sucesivo irrevocablemente unidos á los intereses de la Rusia. He contraído con el emperador Alejandro el compromiso sagrado de no deponer las armas sino de acuerdo con él," (1).

Cuando el czar presentó la primera división rusa al rey, lo abrazó y exclamó bañado en lágrimas: "¿No es cierto que ninguno de nosotros dos caerá solo? Ó los dos, ó ninguno," (2). Los aliados fueron afortunados, en la desgracia demuestra la amistad su fuerza y poder. El 26 de Abril de 1805 firmaron un convenio que garantizaba á la Prusia sus antiguas posesiones ó algunas indemnizaciones que compensasen sus pérdidas. El 25 de Junio se efectuó la famosa entrevista de Tilsit, que dió por resultado la alianza francesa y el abandono del rey de Prusia. No es bastante decir. Alejandro no se contentó con abandonar á aquel á quien había jurado una amistad eterna; aceptó de manos de Napoleón una parte de los despojos del rey, al cual acababa de garantizar la integridad de su territorio. Un historiador alemán que juzga al czar con alguna indulgencia, dice que olvidó en Tilsit toda fe y todo honor (3).

Los admiradores de Alejandro dirán que la guerra es la guerra, y que el débil debe doblegarse ante el fuerte. Esta es una máxima de la políti-

ca de los reyes. ¿Son también de opinión los reyes que un aliado, un amigo íntimo, puede enriquecerse con los despojos de su amigo y su aliado? Federico Guillermo no fué la única víctima que el czar inmoló á su regia ambición. Tenía también otro aliado, igualmente un amigo, hasta pariente, el caballeroso, pero imprudente rey de Suecia. En Tilsit, Alejandro se hizo garantizar por su nuevo aliado la posesión de la Finlandia, provincia perteneciente á su aliado y cuñado. La ejecución de este acto de traición nos mostrará la magnanimidad del czar en todo su esplendor. El embajador del rey de Suecia en San Petersburgo, informado de los convenios de Tilsit, apremió al ministro de Alejandro para que le diese á conocer las intenciones del czar. ¿Qué cosa más justa? ¿No eran aliadas la Suecia y la Rusia? Y si una aliada quiere despojar á su aliada, ¿no debe por lo menos denunciar la alianza? Romanzoff respondió que la lealtad de Su Majestad imperial no podía ponerse en duda. "Esto debe bastar para tranquilizaros, añadió con un grande aire de sinceridad; porque, jamás ataque sería más injusto, más contrario á los principios que el emperador ha manifestado durante todo su reinado." ¡En el momento mismo en que el ministro ruso protestaba de la lealtad de su amo, recibía el ejército ruso la orden de entrar en Finlandia! Armand Lefebvre pronuncia la palabra infamia para calificar semejante conducta; la palabra quedará como la marca que imprime el verdugo en la frente del culpable (1).

Al saber Gustavo que había sido indignamente vendido, publicó un manifiesto violento, en el cual denunció en términos amargos la deslealtad de Alejandro. "La Francia, decía, le había propuesto varias veces el hacerle recuperar todas las provincias conquistadas por Pedro el Grande á Carlos XII: constantemente había rechazado esas ofertas, porque eran contrarias á los compromisos que le unían á Rusia, y hubiera creído deshonorarse aceptándolos. Por haber permanecido fiel á la alianza rusa, había perdido sus posesiones alemanas, y ahora se veía atacado por Alejandro, por haber sido su aliado." Cada palabra de ese manifiesto es una verdad y una sangrienta condenación del magnánimo emperador. "Su largo silencio, dice Le-

(1) LEFEBVRE, *Historia de los gabinetes de la Europa durante el Consulado y el Imperio*, t. III, p. 347.

febvre, calculado con un arte tan pérfido, sus fingidas irresoluciones, sus afectados escrúpulos de conciencia, su lentitud en declararse, el lenguaje pacífico y amistoso de sus ministros, todo esto había engañado al desgraciado Gustavo," (1). ¡Ver-güenza al poderoso que abusa de su fuerza y añade á ella la doblez, para abrumar al débil, su aliado y su cuñado! ¡Y aun hay historiadores que vienen á hablarnos de la magnanimidad de Alejandro! Es cierto que siempre tiene nobles sentimientos, siempre bellas palabras, que siempre tiene lágrimas á su disposición. Tal vez sea de aquellos que empiezan por engañarse á sí mismos, antes de engañar á los demás. Es la peor especie de hombres; preferimos los embaucadores de profesión; estos son más fáciles de desenmascarar, mientras que los otros, después de haber engañado á los vivos, engañan también á la posteridad.

N.º 3 — La guerra de la libertad.

I

La Europa era esclava en tiempo del imperio. Nada más legítimo que su resistencia, y, en caso necesario, su insurrección. Pero si aplaudimos á las coaliciones incesantes que se formaron contra Napoleón, es en favor de los pueblos contra aquel que violaba sin cesar su independencia y su libertad. Los príncipes no eran dignos de pronunciar esas palabras sagradas; aun cuando las inscribieron en sus banderas, fué un cebo; querían, no emancipar á las naciones, sino destruir una monarquía universal que no dejaba ya á los reyes más que el nombre de la dignidad real. Una vez los amos, fueron los primeros en comprimir la libertad, y si hubiesen triunfado, el mundo hubiese sido mucho más esclavo aún que lo era bajo el régimen del emperador.

Por una ironía de la suerte, fué el Austria la primera que llamó la Alemania á la libertad. Los historiadores alemanes hacen constar con gusto que la guerra de 1809 fué como el despertar del patriotismo germánico. Nos asociamos con placer á sus nobles sentimientos, pero quisieramos otros órganos de la libertad que no fueran archiduques.

(1) LEFEBVRE, *Historia de los gabinetes de Europa*, t. III, pá-ginas 340, 348.

En 1809, el archiduque Carlos dirigió una proclama á su ejército para enardecerlo con un raptó de entusiasmo: "La libertad de la Europa, dijo, se ha refugiado bajo vuestras banderas; vuestras victorias romperán sus cadenas; vuestros hermanos, que ahora se hallan en las filas del enemigo, suspiran por su rescate." El general en jefe dirigió también una proclama á la nación alemana: "Combatimos para devolver á la Alemania su honor y su independencia. Nuestra causa es la de todos los Alemanes; nuestra resistencia es su única probabilidad de salvación." Al mismo tiempo circulaban entre el pueblo escritos anónimos; en ellos se hablaba un lenguaje más atrevido; se pintaba en ellos con rasgos de fuego la humillación de la patria común bajo el régimen napoleónico; se decía en ellos que la lucha que Austria volvía á empezar no era una guerra ordinaria, que era la guerra por la libertad, la guerra por el derecho y por todo lo que el hombre ama más en el mundo (1).

Los Alemanes no respondieron á este llamamiento; los Renanos desconfiaban de una libertad prometida por Austria. ¿Dónde, pues, había habido más tiranía religiosa, civil y política, que con la dominación austriaca? ¿No contaba la Casa de Austria entre sus príncipes á Felipe II y á Fernando II? ¿No era sistemáticamente hostil á todo pensamiento libre? ¡Y hoy los príncipes que siempre habían perseguido en su país á la libertad, bajo todas sus fases, venían á prometerla á los Alemanes! Los Renanos tenían razón al desconfiar de ese nuevo lenguaje; era un arma de guerra contra Napoleón. Y lo que el Austria combatía, no era el despotismo imperial, sino al monarca universal del Occidente, y principalmente al heredero de la Revolución, al representante armado de la igualdad.

Napoleón fué vencedor, y los vencidos se mostraron tan poco deseosos de la libertad, que se hicieron los amigos y los aliados del déspota, al cual entregaron una archiduquesa. No hubiera consistido más que en el emperador el consolidar su dominación en Europa, nadie se hubiese atrevido á negársela. Felizmente que la libertad halló un auxiliar en la ambición misma del conquistador; la locura se apoderó de él, y sucumbió bajo sus propios excesos. Un escritor, idólatra de la libertad, dijo: "Que las llamas de Moscow fueron la aurora de la

(1) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. III, p. 277-278.

libertad del mundo,, (1). Si, en las miras de la Providencia, pero no, si se ven de cerca los libertadores de la Europa. Son los propietarios de siervos los que pusieron fuego á Moscú. ¿Qué querían? Apenas si puede decirse que querían la independencia de la Rusia; tampoco comprendían la independencia de su patria como la libertad. Cuando el frío y la miseria destruyeron el gran ejército, los generales rusos creyeron que su tarea había terminado; se trataba de recoger los frutos de la victoria; á sus ojos era el engrandecimiento de la Rusia con la anexión de Polonia. Así es que el primer pensamiento de los libertadores de la Europa fué el de destruir definitivamente una nacionalidad rival (2).

En el movimiento de 1813, hay que separar lo que corresponde á los soberanos y lo que corresponde á los pueblos. La insurrección contra el régimen napoleónico partió de las naciones y no de los reyes. Nada más natural. El fin de la política de los príncipes es ante todo la conservación, y si es posible, el engrandecimiento de las casas reales. En rigor, éstas pueden entenderse con un conquistador. No sucede lo mismo con los pueblos. Su primer interés es la independencia y la libertad que sigue inmediatamente después; no pueden, pues, por ningún precio aceptar el yugo del extranjero. Por esto en 1813, la voz de las naciones se hizo oír desde el Vístula al Rin; el torrente popular venció las resistencias reales; fueron los súbditos los que obligaron á sus amos á volver á ser libres (3).

La Alemania tomó la iniciativa de la insurrección, y entre los Alemanes, los Prusianos se colocaron en la vanguardia. Cuando se habla de Prusia, se tiene la costumbre de atribuir su poder y su renombre al gran Federico. Es cierto que le dió el territorio y la ambición, pero se necesita más que eso para formar una nación: la jornada de Jena probó que la grandeza de la Prusia descansaba en un fundamento de arcilla. En la desgracia se templó la nacionalidad prusiana: en 1813 fué su verdadero bautismo. No tiene más hermosa época en

(1) BENJAMIN CONSTANT, *Del espíritu de conquista y de la usurpación*, Prefacio.

(2) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. IV, p. 24.

(3) BENJAMIN CONSTANT, *Fragments sur la France*, du 14 juillet 1791, au 31 mars 1814 (*Mélanges de littérature et de politique*, tomo 1).

su historia, no la tendrá más hermosa que el día en el cual conquiste para sí misma, y dé á la Alemania la libertad política, sin la cual la independencia nacional no es más que una palabra vacía de sentido. Esta doble tendencia se encuentra ya en el movimiento de 1813. El esfuerzo nacional fué admirable; el pueblo todo entero se levantó como un solo hombre; y esos soldados improvisados, se batieron con un heroísmo, con un encarnizamiento que sólo puede inspirar la pasión de la libertad. Libertar á la patria del yugo del extranjero, tal fué el grito que resonó en todas las clases de la sociedad; hasta las mujeres recordaron que en otro tiempo las Germanas animaban á sus hijos al combate. Las sociedades secretas que fueron el alma del movimiento, tenían además otro fin. Este era las reformas administrativas, inauguradas después del desastre de Jena por el barón de Stein, y que habían empezado la regeneración prusiana: el *Tugendbund* quería completarla reivindicando la igualdad civil y la libertad política, esos grandes principios proclamados en el 89. La insurrección de 1813 fué una lucha contra el dominador de la Europa, á la vez que contra el déspota que había destruido la libertad en Francia, y que la hubiera desterrado del mundo, si su dominación hubiera podido mantenerse (1).

La insurrección se extendió á todos los países que habían sido reunidos al gran imperio. Se concibe que la Holanda llamase al extranjero en su socorro para sacudir un yugo que no le aseguraba ni aun la existencia material. Hizo el sacrificio de sus predilecciones republicanas, pero no de la libertad; el régimen constitucional le dió una libertad mayor que la que había tenido con una república aristocrática. Los historiadores franceses se admiran al ver á los Belgas asociarse al odio general que arrastraba á los pueblos anexionados contra la Francia (2). Se admirarían menos si supieran que la reunión de la Bélgica no fué el resultado de un voto sincero. Ciertamente, los Belgas debían mucho al régimen francés, pero este régimen era el del extranjero, y de un extranjero que el pueblo detesta. La palabra no es demasiado fuer-

(1) LOUIS DE CARNÉ, dans la *Revue des Deux Mondes*, 1854, tomo I, p. 1140.

(2) LOUIS DE CARNÉ, dans la *Revue des Deux Mondes*, 1854, tomo I, p. 1140.

te (1). Además de esto, es preciso reconocer que las preocupaciones religiosas entaban por mucho en esta antipatía; es preciso reconocer también que en 1813 no se halló en los Belgas el noble entusiasmo por la libertad que arrebató á sus hermanos de Alemania.

La Italia también era hostil al régimen imperial. Esta antipatía se manifiesta con una singular violencia en los cantos de sus poetas; maldicen la Francia y la califican de *infame* y de *malvada* (2). El furor popular estalló en una sangrienta insurrección que dió la muerte á un ministro de Eugenio de Beauharnais. Se acusa á los Italianos de ingratitude, así como á los Belgas. ¿Á quién debían la independencia imperfecta de que disfrutaban? Á esos mismos franceses, á ese mismo Bonaparte que perseguían ahora con su odio. No entendemos justificarlos; el clero y la nobleza excitaron al pueblo contra la Francia para entregar á seguida su desgraciada patria al despotismo embrutecedor del Austria. Pero ¿quién es el verdadero culpable? Es el despotismo napoleónico. Si el emperador hubiese dejado alguna libertad á los italianos, se hubieran unido á una monarquía que les hubiera asegurado una existencia independiente y libre. Pero Napoleón reprimió como un crimen el uso más legítimo de los derechos constitucionales. ¿Debe admirar que los Italianos no vieran más que una nueva esclavitud en la dominación francesa?

II

Tales eran los sentimientos de los pueblos. Cuando se leen las proclamas de los generales rusos y prusianos, podría creerse que los reyes estaban de acuerdo con las naciones. Escuchemos ante todo al viejo Blücher; éste al menos pensaba lo que decía: "Ponemos nuestros pies en los lugares que nos señala la mano de Dios. ¡Valientes Sajones! Ha sonado la hora de vuestro rescate. ¡A las armas! Levantad el estandarte contra vuestros

(1) Se lee en un folleto que apareció en Gante, en Junio de 1815, bajo el título: *Vaux du peuple belge pour le salut de la patrie*. "Todo hombre imparcial que haya observado de cerca el carácter del pueblo francés, tendrá que convenir que pueden reducirse con precisión todos sus grandes méritos á los siguientes: La vanidad, la inconstancia, la fanfarronería, la arrogancia, la codicia, la injuria, la crueldad, la perfidia, la bula, la impudencia, el perjurio, el bandolerismo, el regicidio, el desprecio de todo lo que no es francés."

(2) "La Francia seclerata e nera." (LEOPARDI, en *Sainte Beuve, Portraits contemporains*, t. III, p. 84).

opresores. ¡Sed libres!," Se lee en otra proclama: "Hermanos, á quienes os estamos unidos por los vínculos de la sangre, del lenguaje y de una común opresión, abridnos vuestros corazones... Marchemos juntos; sabremos vencer ó morir por la libertad de la Alemania. Toda distinción de nacimiento, de rango, de país es desterrada de nuestras legiones. Todos somos hombres libres," (1).

Es el lenguaje, son las ideas del 89. Era tal el poder de ese movimiento, que los generales rusos se vieron obligados á asociarse á él. Ellos, que no sabían lo que es ser libre, llamaron á los pueblos á la libertad. Kutusoff es tan liberal, tan revolucionario como Blücher: "El emperador de Rusia, dice, y el rey de Prusia anuncia á los príncipes y á los pueblos de la Alemania la vuelta de su libertad y de su independencia. Esos monarcas no vienen más que para ayudarles á recobrar esos bienes hereditarios que les han sido arrebatados, pero que son imprescriptibles... Que todo alemán, bien sea príncipe, noble ó nacido en la clase que forma la gran mayoría de las naciones, coopere á nuestros planes libertadores," (2). Citemos también las enardecidas palabras que otro general ruso dirigió á los sajones: "Hubo un ambicioso, exclama Wittgenstein, un emperador de Francia. Carlomagno es su nombre; os hizo la guerra durante treinta años para subyugaros... Un azote semejante á Carlomagno ha vuelto á aparecer, y vosotros, sajones, no combatiréis como lo hicieron vuestros padres, para libertaros de él... ¡Aquel que no esté por la libertad, está contra ella! ¡Elegid!... Elegid entre mi abrazo fraternal y la punta de mi espada," (3).

A la verdad, creeriase uno en el 93: ¡la libertad, la igualdad ó la muerte! ¿Eran muy sinceros esos libertadores? Hemos oído sus palabras; vamos á ver sus actos. La reacción contra los principios del 89 empezó en el momento mismo en que todas las proclamas resonaban con el grito de libertad. Nos lo dice un historiador alemán, el honrado Schlessler. Desde los primeros meses de 1813, el duque de Mecklembourg se separó de la Confederación renana. Napoleón había abolido en todas partes la servidumbre y los derechos odiosos del feudalismo. ¿Cuál fué el primer cuidado del duque

(1) EL BARÓN FAIN, *Manuscrito de 1813*, t. I, p. 104.

(2) Proclama del príncipe Kutusoff, del 25 de Marzo de 1813, en SCHOBELL, *Recueil de pièces officielles*, t. IV, p. 333.

(3) EL BARÓN FAIN, *Manuscrito de 1813*, t. I, p. 105.